LAMINE YAMAL

1

El golazo de Lamine Yamal en la Eurocopa nos ha desvelado que los españoles no somos racistas. Aceptamos a los “putos moros”. Claro está que no todos esos putos moros son capaces de meter un balón entre los palos a treinta metros de distancia. España, como los otros países de Europa, tiene el grave problema de la inmigración. ¿Estamos a favor? ¿Estamos en contra? Como dice una canción: “depende, de qué depende”. Los problemas complejos no pueden resolverse con soluciones simples. Y el buenismo, tanto como el “malismo”, aportan soluciones demasiado sencillas. ¿Qué dicen ambos?

Unos dicen: “puertas abiertas de par en par, que entre todo el que lo desea. Barra libre”. Y así basta con bajar a tierra desde un cayuco para tener subsidios y una sanidad pública, ya degradada, y que no es gratuita, pues está costeada con los impuestos pagados. Los españoles podemos albergar a cuarenta millones de turistas. Tenemos la infraestructura hotelera necesaria. Además, vienen sólo por una semana, no se quedan y – miel sobre hojuelas – nos llenan los bolsillos. España vive, en buena parte, del turismo extranjero. ¿Podríamos recibir, no ya cuarenta millones, sino veinte millones de inmigrantes? Evidentemente no. Demasiada ingenuidad.

Otros, los “malistas”, dicen: “que no pase nadie por la frontera, puertas cerradas a cal y canto, Tarragona antes que Sierra Leona, el umbral ya está demasiado elevado, enviemos a la Armada para vigilar que no haya moros en la costa”. Pues bien, tampoco es posible negar el problema, meter la cabeza debajo del ala. Es imposible poner puertas al campo. La inmigración existe, y seguirá existiendo, mientras una Europa “próspera” – relativamente, que se lo digan a un desahuciado de su casa – atraiga a una población joven que aspira a mejorar su vida y está dispuesta a morir para ello (los ancianos ya tienen la vida hecha como para aventurarse en tales empresas). España es una nación envejecida. La mano de obra inmigrante, que a menudo realiza los trabajos menos deseados, puede ayudar a pagar las pensiones futuras. En tiempos de bonanza económica dos manos, cualesquiera, valen más que una boca. ¿Y en las crisis? ¿Quién sobra? El padre de Jeanne Marie Le Pen, con esas ideas ramplonas que suele usar la extrema derecha, lo decía claro: “dos millones de parados franceses, dos millones de inmigrantes. Hagan cuentas”.

Las migraciones han provocado siempre migrañas en el trascurso de la historia. Ya en la Biblia se dice que los judíos eran bien aceptados en Egipto – servían como la actual mano de obra barata – hasta que comenzaron a crecer más que la población nativa. La demografía amenazaba con que los venidos de fuera echasen de su casa a los propietarios. Claro está, esa desproporción desfavorable solamente es posible sin el mestizaje – una doble herencia - donde confluyen diversas poblaciones. El amor traspasa todas las barreras étnicas.

Pero también Yahvé dice: “no tratéis mal al extranjero, pues también vosotros fuisteis extranjeros en tierras de Egipto”.

En nuestros días la inmigración vuelve a dar quebraderos de cabeza a los europeos. El otro, el diferente, aquel que no soy yo, he ahí el problema. Ahora bien, no todos los inmigrantes sufren el mismo rechazo. ¿Hasta qué punto es diferente el diferente? Cada población extranjera tiene su propio escalón de tolerancia. Podemos tal vez aceptar como umbral el doble de hispanos o eslavos que el de magrebíes o subsaharianos. Aquellos – se dice – son más asimilables al tener un trasfondo cristiano. Se trataría entonces, no sólo de un asunto de economía, sino un choque de culturas cuyo fundamento sería en última instancia religioso. Sin embargo, acaso la indiferencia sea hoy la religión mayoritaria de los europeos. Por otro lado, el laicismo inherente a la democracia implica la libertad de culto. El canto del almuédano puede ser tan importuno como el ruido de una discoteca. O una campana sonando a las tres de la madrugada. En cuanto a las comidas, quien no come cerdo deja más parte para quien le gustan los torreznos. Y si una jovencita lleva pantalones rasgados y un monje viste hábitos, ¿por qué un moro no puede usar chilaba? A Dios le gustan todas las telas.

Queda la pregunta: ¿por qué árabes y negros suscitan un mayor rechazo? En la edad media, subsuelo de la modernidad, la lucha entre la Cristiandad y el Islam es una constante. ¿Se cruza en el inconsciente colectivo del europeo el recuerdo de las cruzadas? ¿Y en la negritud subsiste el desprecio del amo hacia el esclavo y el resentimiento del esclavo hacia el amo? ¿Es una cuestión de odio atávico? ¿Agua pasada sigue moviendo molino?

En cualquier caso, los europeos y los “nuevos europeos” deben moverse dentro de un recinto común: los cristianos lo llaman “amor al prójimo”; los demás, derechos humanos universales. Todo lo demás es relativo.